

DOS AÑOS DESPUÉS

Alfredo F Alameda

ADVERTENCIA

Aquello que no pasó hace dos años, pudo pasar. Una vez. Si alguien te dice que pasó dos veces, deberías, cuando menos, mantener reserva acerca de la certeza del cuento y, por supuesto, de la credibilidad de quien lo firma.

Anónimo

I

Pero lo cierto es que allí estaba de nuevo. Dos años después. El mismo hotel, la misma habitación, el mismo rincón del almacenillo para que durmiera la bici y la misma muchacha que con una sonrisa tímida me había impedido pasar al comedor a desayunarme porque ya eran más de las diez, ¿os acordáis?

Ayer, es decir, el día anterior, Madrid había alcanzado los treinta y siete grados de temperatura. Salí a comprar unas ceras y un bloc de dibujo a la papelería del barrio y creí morir de una insolación. El asfalto parecía derretirse amenazando con apresar a los viandantes que osaban pisarlo, como en aquel relato de Carlos Buiza que un joven Ibáñez Serrador adaptó a la televisión con notable éxito, mediada la década de los sesenta del otro siglo.

Calor seco y maligno que acobarda el ánimo y mata ancianos. Calor inmisericorde que recluye a las gentes en sus casas frente a ventiladores o aparatos de aire artificial, tan balsámicos como ruidosos. Mi abuela solía decir que, en Madrid, nueve meses de invierno y tres de infierno.

Asturias me recibió con un aguacero torrencial apenas asomé el morro del auto, dejando atrás el último túnel de Pajares. Decenas de camiones escoltados por la guardia civil, haciendo una fila interminable, subían en sentido contrario provocando una ola regular e infinita con el agua que desplazaban las ruedas. Supuse que se debería a que la autopista había estado cortada a consecuencia de los conflictos mineros de los que la radio llevaba un mes informado. Salvo unos pocos kilómetros, la lluvia me acompañó durante el resto del viaje, aunque en pocas ocasiones con la furia de la entrada.

Tras acomodar la nueva y flamante bicicleta —mi vieja Raleigh había quedado descansando en el sótano de casa—, que venía chorreando tras el viaje en el trasportín exterior del coche, distribuí la ropa en el armario y me planté durante un buen rato bajo el agua tibia de la ducha. David Ferrer luchaba por una plaza en la final de Wimbledon, encendí la tele por ver si daban el resultado. Me quedé dormido.

Al día siguiente, impulsado por un sentido repetitivo inexplicable, reproduje los mismos actos que hiciera dos años atrás, como si de una rutina se tratase. Me acerqué a

Llanes perfectamente uniformado de ciclista, pero esta vez por un camino rural que llaman *senda costera*, más abrupto pero menos peligroso que la carretera general. Chocolate, churros y un botellín de soda, en el mismo local inimitable, con paredes forradas de caoba, donde se puede degustar toda suerte de repostería y el mejor chocolate con churros del occidente cristiano, en un ambiente cargado de aromas ensoñadores y sillones de cretona estampada, junto a estantes de cristal que exhiben variedades de pastelillos y otras delicias de fabricación artesana, cuya esencia se mezcla con las notas de un piano de cola, que hoy está mudo.

Con el estómago entonado subo a la bicicleta dispuesto a recorrer lugares llenos de irrepetibles recuerdos. Adoración —«todo el mundo me llama Dora»— reina en mi memoria regalándome momentos de voluptuosidad impropios de aquella hora. Al poco de adentrarme en el camino que me aleja de la carretera general, empiezo a sentir que las preocupaciones que me habían acompañado desde la meseta se diluyen entre trinos y aromas vegetales. Otra vez Posada. Tal vez recordéis que ya me quejaba del excesivo trajín de este pequeño pueblo en mi anterior viaje... Pues ahora se ve aumentado por ser día de mercadillo. Docenas de furgonetas y pequeños camiones se alinean en torno a la plaza y calles adyacentes ocupándolo todo. Centenares de transeúntes procedentes de todas direcciones caminan hacia la plaza, entorpeciendo la circulación con su impasible desdén, como abducidos por una idea superior que no les deja alternativa de camino. Un policía municipal intenta hacer valer su autoridad sin mucho empeño y con escaso éxito. Mientras me alejo de este maremágnum, un megáfono atruena el lugar anunciando productos de la comarca. Unos minutos después la calma vuelve al paisaje y se instala en mi ánimo acompañando al rítmico e incesante pedaleo. El Cuera se alza tras los pastizales que van quedando a la izquierda del camino, imponente y omnipresente, como un dios coronado por cúmulos de algodón, vigilante celoso de seres y parajes, bajo un sol dulce y luminoso. Un pequeño esfuerzo hasta coronar la rasante, y ya me deslizo suavemente por las curvas que introducen la carretera en la oscuridad frondosa de saúcos, abedules, castaños y eucaliptos, repletos de jilgueros, mirlos, verderones, lavanderas y cucos, hasta alcanzar la recta que, de la mano del río Bedón, me conduce al infinito. Cambio al plato grande y pongo la cadena en el piñón menor, lanzándome temerariamente hasta alcanzar la mayor velocidad posible. Las piernas se han convertido en bielas enloquecidas impulsadas vigorosamente por un brío guerrero improvisado; porque

ahora soy el corredor escapado del gran pelotón, y al final del descenso me espera la meta, llena de gloria, periodistas y hermosas muchachas que aplaudirán calurosamente al esforzado ganador de esta épica etapa. Atrás van quedando Rales, Vibaño, Herrería...

En Puente Nuevo acaba la aventura, es el final del descenso. No hay público jaleando la hazaña, claro; tampoco prensa. No hay vistosas zagalas, en irreprimible agitación, gritando ensordecedoramente el nombre del ciclista; en su lugar, el túnel vegetal da paso a un paisaje abierto a praderas, dehesas y herbazales, formando una vega de incontables verdes que embriagan la vista y regocijan el ánimo. Los perfiles dentados del circo montañoso que rodea el valle se alzan sobre nubes gordezuelas que se acomodan en las faldas consolidando una estampa majestuosa. Y siento que, ahora que mi vida es ya una derrota aceptada, no hay para mí gloria mayor.

En el lugar donde debió haber una meta, allí, al borde mismo de la carretera, está «Casa Morán», una especie de bazar repleto de las cosas más impensables que pueda imaginarse. En la puerta hay un anciano sentado en una silla de enea pelando una vara de fresno con una navaja de Taramundi. Ahora detiene su quehacer y observa la cara del ciclista que acaba de apoyar su vehículo sobre la fachada del establecimiento y se despoja de casco y gafas, renunciando al anonimato.

—Buena mañana para andar en bici, ¿eh? —me dice a modo de saludo.

Me tomo un Aquarius, y el hombre que atiende el negocio me llena de agua el bidoncito que porto. Charlamos un rato del tiempo. Se queja del clima asturiano y dice que me lo cambia por el sol de Madrid. Es un hombre grande, de mediana edad. A primera vista no parece mentalmente perturbado, así que intento profundizar en la razón de aquel desatino. Él oye mis argumentos a favor de este clima mientras prepara el café que me pienso tomar tras el refresco. Me pone la taza delante y dice:

—Todo eso está muy bien cuando, como ustedes, se viene a pasar unos días aquí, y además en verano; todo verde, húmedo, fresco..., todo *ye* muy guapín y paréceles estupendo, pero vengan a pasar todo el invierno y luego me cuentan... Saben lo que *ye* un día tras otro y una semana tras otra sin ver la cara al sol; lluvia, nubes, frío, más lluvia, más frío y vuelta a empezar.

—Hombre, frío no creo que haga mucho por aquí, tan cerca del mar —replico.

—Ya lo creo que hace, pero sobre todo *ye* la humedad, que métese en los huesos y no abandónate en todo el día.

Cambio de tema. A la puerta del bazar hay un indicador de carretera que anuncia el Alto del Mazuco a seis kilómetros

—¿Es muy dura la subida? —pregunto con recelo.

—Por este lado no, *ye* peor tomándola desde Llanes.

—Pero seis kilómetros subiendo son muchos, ¿no?

—Los cuatro primeros son ondulantes y suaves, hácense bien. Los otros dos ya son otro cantar.

Le dejo medio euro de propina, nos apretamos las manos y me desea suerte. Todavía no estoy decidido. Mientras me lo pienso, desando el camino hasta Rales.

Desde la carretera la vista domina todo el pueblo. La modesta altura de sus casas hace que la iglesia sobresalga sobre el muro que forma la montaña. Me deslizo sobre la bici hasta alcanzar las primeras viviendas. Hay muchas casas de reciente construcción; piedra en la base y enfoscado de diferentes colores: ocre, siena, cobalto..., hasta alcanzar la cubierta de teja roja. Sobre la segunda altura, miradores de madera con cuarterones acristalados. Todas rodeadas de hierba verde luminoso que limita con una tapia de arenisca, donde hortensias grandes como repollos se arraciman en globos de colores. Recorro las calles con pedaleo lento y la vista atenta a cuanto me rodea. También han adecentado ciertas casas que recuerdo con la fachada avejentada y maltrecha. Algunas aceras lucen baldosas recientes y al fondo de la calle han puesto un parque infantil con columpios y toboganes sobre un pequeño recinto cerrado con una empalizada. Más allá, en los límites del pueblo, veo más casas en construcción. Da la impresión de que Rales es una isla en medio de la atroz crisis económica que arruina el país de uno a otro extremo, como aquellos pueblos medievales centroeuropeos perdidos entre macizos que sobrevivieron indemnes a la peste que assolaba el continente, mientras el cardenal Riche-lieu y el príncipe Bernardo se entretenían en guerras interminables.

También esta vez la iglesia se encuentra cerrada. Un poco más adelante está la casa donde Dora me protegió de un repentino y oportuno chaparrón en parecidas circunstancias a las de hoy, mas ahora ninguna nube negra interrumpe el impoluto azul del cielo. Además la casa está cerrada, las puertaventanas de madera pintada de verde desportillado dan a la casa aspecto de abandono. En las calles no hay ni un alma, parece un pueblo fantasma cosido al muro vertical que lo protege de los vientos marinos. ¿Qué habrá sido de la mujer que me regaló aquellos momentos de pasión inusitada? Me había

anotado un número de teléfono en un pedazo de papel, pero ambos sabíamos que no sería utilizado. Dos años hace, ayer me parecían dos lustros, ahora parece como si el tiempo se hubiese detenido.

A las cuatro de la tarde llegué al hotel. Cuando dejé la bici en el almacén me quemaban los cuádriceps, tenía los gemelos como piedras y los lumbares hechos fosfina, pero estaba feliz, había podido con El Mazuco, el legendario monte en el que un puñado de milicianos fueron masacrados bajo las bombas de la Legión Cóndor durante nuestra última guerra. El descenso fue un subidón de adrenalina, esquivando carreñas que habían comenzado el descanso rumiante, instalándose en el medio de la muy estrecha carretera a lo largo de un kilómetro, y que no parecían dispuestas a abandonar el lecho ante mi presencia. Algunas cabras salvaban la calzada a mi paso con un impresionante salto, provocándome sorpresa y admiración. Deslizarse silenciosamente por esas infinitas dibujadas sobre la espesura agreste me producía un confortable alivio a las penurias de la escalada y un inmenso placer.

A primera hora del siguiente día despaché telefónicamente algunos asuntos menores relacionados con el trabajo y contesté el correo. Desde la terraza de la habitación, la montaña se difuminaba en una niebla oscura que con seguridad era una cortina de agua, pero aquí, a pie de mar, las nubes mostraban un tejido débil que anunciaban una pronta salida del sol. Bajé a la playa armado de toalla y del libro de Luis Prieto titulado *Qué significa estadísticamente significativo*. Me había jurado tratar de comprender algunos fundamentos de la ciencia estadística para un trabajo que había de emprender en septiembre, y precisaba entender cómo se establecía el «valor P», un patrón erróneamente cotizado, a juicio del autor, y culpable de graves equívocos en el análisis de los resultados de las investigaciones biomédicas. Aunque dicho así el asunto parezca un peñazo, lo cierto es que el libro estaba resultando interesante, ameno y sumamente instructivo para personas que, como yo, carecían de conocimientos matemáticos.

El sol tardó en salir más de lo esperado; cuando lo hizo, impulsó a muchos bañistas hacia el agua, desierta hasta aquel momento. Si El Mazuco no había doblegado mi voluntad no iba a amedrentarme solo por intuir que al agua estaría un poco fría. Abandoné el rincón de playa pegado al talud de hierba donde recostaba la espalda durante la lectura y me dirigí con determinación al agua. La marea baja la había alejado tanto

que, cuando llegué, mi determinación se había reblandecido. Un bañista con las panto-
rillas dentro del agua aseguraba que estaba helada. No era verdad, no estaba helada
pero sí condenadamente fría. Ya que estoy aquí... me dije... Y sin más dilación me
lancé sin pensar, como el suicida que no quiere arrepentirse y aprieta el gatillo tan pron-
to el cañón roza la sien, y de paso, demostrar al bañista tiquismiquis que no había para
tanto. La impresión fue espantosa, pero una vez comencé a nadar el frío se fue haciendo
soportable, así que me animé y fui en busca de las rocas que sobresalían del agua a un
costado de la playa. A los pocos minutos no sentía frío, solo fatiga.

Mientras descansaba sentado sobre un saliente, decidí que me quedaría a comer en
el hotel. A las tres daban la final de Wimbledon, donde el eterno Roger Federer se en-
frentaría al aspirante Andy Murray que, finalmente, había eliminado a nuestro David
Ferrer en la semifinal de anteayer.

II

La casa de Dora está habitada. Las ventanas están entreabiertas y junto a la puerta hay un coche pequeño, un Fiat de color azul. Estaciono tras él, bajo del coche y llamo a la puerta. No obtengo respuesta. Insisto. Nada. Rodeo la casa pasando por el tendedero descubierto que tiene a un costado y alcanzo el patio que hay en la parte trasera de la vivienda. A través del brezo que protege al reducido jardín veo una mujer tomando el sol tendida sobre una tumbona. Desde aquí no puedo verla bien pero creo que es ella. El corazón me da un brinco y la sangre acelera su marcha. Me quedo inmóvil, con la respiración contenida y la vista fija en la mujer. ¿Qué hacer? ¿La llamo? Qué situación tan ridícula, qué manera tan ramplona de reaparecer... Me parece una mala idea, regreso a la puerta y mantengo el dedo en el timbre durante seis o siete segundos. Espero. Dora no oye el timbre. Ya sé qué hacer... Me acerco al coche y hago sonar la bocina un par de veces. En el silencio de la calle la resonancia es notable. Espero un minuto y vuelvo a hacer sonar el claxon, ahora tres veces, cortas y seguidas así: piii, piii, piii. De tan inusual, el hecho resulta extravagante. Alguien descorre la cortina en el piso superior de una vivienda cercana y cotillea. La puerta de la casa contigua a la de Dora, por el lado contrario al tendedero, se abre, y una mujer gruesa de pelo blanco recogido en un moño asoma la cabeza, mira en las dos direcciones de la calle y vuelve a cerrar. Tengo la impresión de que se ha enterado todo el pueblo excepto Dora. Pero no, Dora también ha oído los pitidos y abre la puerta; lleva gafas de sol, un libro en la mano y una toalla enrollada a la cintura. Salgo del coche y me planto delante de su puerta. Se quita las gafas de sol, yo también. Me mira de arriba abajo.

—¿Yes tú? —no puede reprimir la sorpresa—. Pero... pero... sí, yes tú —balbucea con tono de incredulidad. Sonrío y pregunto serenamente:

—¿Cómo estás, Dora?

Me echa los brazos al cuello y golpea mi espalda con el libro. No nos besamos, solo nos abrazamos durante un instante. Se separa, me vuelve a mirar de arriba abajo, como si le costase creer que estoy frente a ella. Me invita a pasar. El zaguán está oscuro, la carretilla sigue en el mismo lugar, cargando con los cántaros. Me lleva de la mano

por el angosto y oscuro pasillo hasta la cocina. Todo está tal y como lo conservo en la memoria, hasta el cesto de fruta con nectarinas. Cojo una y se la muestro.

—¿Te acuerdas?

—¿Cómo *olvidalo*? —se ríe a carcajadas. Deja el libro y las gafas de sol junto al frutero y nos besamos—. Vamos fuera —dice.

Coge dos latas de cerveza de la nevera y me arrastra al jardín. Son cincuenta metros cuadrados de hierba fresca y cuidadosamente rapada. En una esquina hay un pequeño manzano y a su sombra una mesa redonda de hierro con cuatro sillas a juego. Nos sentamos. Toma una de mis manos entre las suyas.

—Así que de nuevo por la tierrina, ¿eh? Echábasla de menos...

—No sé qué decir. Estoy tan impresionado de volver a verte que me he quedado sin palabras. Estás estupenda, y guapísima; pero dime, ¿qué has hecho con tu pelo?

—Cortémelo, estaba harta de tanto peine y tanta gaita que lo mandé cortar. ¿Te gusta como quedó?

—Estás preciosa.

—*Yes* un adulator.

—No, de verdad, te sienta estupendamente y creo que te hace más joven.

—*Muches gracias*, hombre. También tú estás estupendo. Así de pronto, tan curioso, ¿quieres creer que costome *reconocete*?

—Claro, solo me has visto de ciclista, con el culote y el maillot de colores que nos hace tan ridículos. Así, de calle, estamos más presentables.

—Ahora que lo *dic*, ¿sabes que *tien* razón? Nunca te vi de paisano; de ciclista o en pelota —se lleva la mano a la boca para tapar la risa. Abrimos las latas y bebemos—. Has de *contame* qué fue de ti desde aquel día.

Eso hice. Le conté en qué consistía mi vida en Madrid, más o menos, y los acontecimientos de los dos últimos años que me pareció podían tener algún interés. También que había estado en la puerta de su casa, con la bicicleta, el día de mi llegada, y que la encontré cerrada.

—Pues *mirái*, vine por casualidad, no tenía pensado venir, pero al final, ya ves... Parece que fue el destino quien organizó este encuentro. ¿Viniste solo o trajiste compañía?

—Solo, como siempre que vengo a Asturias.

—¿Y dónde paras?

—En el mismo hotel que hace dos años.

—¿Para cuánto tiempo viniste?

—Sólo unos días, que ya pasaron, mañana regreso a Madrid.

—Pero eso no puede ser, hombre, sobre todo ahora que nos encontramos...

—Ya lo siento, pero he de regresar —parece decepcionada. Entonces le digo—: tienes razón, la próxima vez vendré con más tiempo.

—¿Cuándo? ¿Dentro de un par de años? —ironiza. No sé por qué, pero me gusta su desencanto, me hace sentir importante. Apura su cerveza—. No me hagas caso, no sé lo que me digo, pero al menos comeremos juntos, ¿no?

—Si no tienes inconveniente...

—¿*Yes bobu o faiste, ¡oh!*? ¿Qué inconveniente voy a tener?

—Muy bien, pero te invito yo. Tú eliges el lugar.

—Sabes qué pasa: que por aquí no hay ningún sitio de merecer. Además, no me apetece salir, *préstame* más si quedámonos en casa, ¿eh?

—Por mí estupendo, lo decía por lo de cocinar y todo eso...

—Eso no *ye* problema, en el frigo hay de todo. ¿Gústate el pollo asado? —se levanta—. Voy a poner uno al horno, después hacemos una ensalada y acompañámonos todo con un par de *botellines* de sidra, ¿parécete bien?

Ya en la puerta que da a la casa me dice:

—Desvístete y ponte cómodo. Mientras se hace el pollo tomaremos el sol, que estos días hay que *aprovechalus*. Tienes una tumbona ahí detrás —señala un pasillo de losetas que separa la casa de la contigua.

—No traje bañador —informo.

—No seas remilgado, aquí nadie va a verte.

Desaparece en el interior. Me parece mentira estar aquí, con ella. A mi recuerdo acuden aquellas horas que pasamos juntos en esta misma casa, hace ahora dos años. Jamás había vivido algo semejante, ni tan siquiera en mi juventud, cuando de tarde en tarde conseguíamos los de alguna de las modelos de Bellas Artes. Los amigos del barrio no se creían, entonces, que posaban desnudas para nosotros, cuando les mostraba los carboncillos hechos durante las clases. No era de extrañar, en aquella España ramplona y mojigata, un desnudo resultaba increíble. Por qué no la llamé alguna vez, el año pasa-

do, por ejemplo, cuando anduve por el Valle de las Luiñas con la bici... Es cierto que el lugar está alejado de aquí, pero la verdad es que ni lo pensé. Aquello fue un acontecimiento que sucede, si lo hace, una vez en la vida, pasó y pasó, ahí está en mi memoria, imborrable para siempre, una aventura de sexo desbordado y reiterado hasta la extenuación. Un saturnal inusitado lleno de pasión.

Bebo el resto de cerveza y llevo las latas a la cocina. Dora está metiendo un limón en las entrañas de un pollo, sobre una fuente de barro. Me acerco por detrás y la abrazo, como entonces, llenando mis manos con sus pechos.

—*Voy cortame* —protesta. No hago caso, empujo la tela hacia arriba hasta que la carne queda libre. Es suave, exuberante y tersa. Se gira. Nos besamos apretadamente. Dora empuja mi nuca hacia ella y nos quedamos fundidos durante un siglo. Sus tetas aplastadas sobre mi pecho. El pantalón empieza a oprimirme. A la altura de la bragueta, quiero decir. Casi me suplica—: *dejame* al menos, que meta la fuente en el horno.

Después, bajo el manzano, comemos pollo con ensalada y bebemos sidra, que Dora escancia con magisterio y ríe sin recato ante mi torpeza, «*mirái paquí*, echástela más fuera que en el vaso». Prendo un Rössli-Habana y me tumbo en el verde que el árbol oculta al sol. Dora se acomoda perpendicular a mí, descansando su cabeza en mi regazo, y canturrea. Ambos estamos desnudos. En una mano tengo el puro, en la otra, una de las protuberantes tetas de Dora. Algo así debe de ser el paraíso.

III

Se ha levantado un poco de aire y me despierto. Al incorporarme, un papel cae al suelo: *Vuelvo enseguida. No te vayas. La fiesta aún no terminó. Un beso.* Dejo la nota sobre la mesa y voy a orinar. Suena el timbre. ¡Vaya por Dios! Algunas personas necesitamos tiempo para desaguar; son cosas de la próstata, es decir, de la edad. Vuelve a sonar, supongo que será Dora. Por si acaso, me enrolla una toalla a la cintura y la sujeto con la mano. Abro la puerta unos centímetros para asomarme discretamente cuando ya está sonando el timbre por tercera vez. El visitante empuja la puerta con cierta violencia y casi me golpea con ella. En el afán de protegerme, la toalla cae al suelo. Es un hombre alto, de unos cuarenta años, cabello escaso y ralo de color marrón oscuro con salpicaduras grises, tiene los ojos pequeños, brillantes y exageradamente juntos sobre una nariz prominente, el gesto, poco amigable. Dirige su mirada a mi verga mientras intento recomponer la figura lo más dignamente que puedo volviendo a cubrirme con la toalla. Me espeta despectivamente:

—¿Quién coño *yes* tú? —no quiero pensar en la cara de imbécil que tengo en este momento—. *¿Qué fais aquí, ¡oh!?*

Me aplico para controlar la situación:

—Oiga, creo que es usted quién debe presentarse, ¿no le parece? —acierto a decir.

—¿Que quién soy yo? Voy a *decítelo*, hombre; para que sépaslo, yo soy el marido, o sea, el cornudo. ¿Enterástete bien, o tengo que *repetítelo*? ¿Dónde está la mi *mu-
yer*?

Mirada de basilisco, verbo displicente, aviesa intención. Aquello era un desafío en toda regla. Los modales no son muy versallescos, pero el tono no permite dudas. Este individuo parece pasar por alto que los duelos no se estilan desde hace un siglo. Por lo general, pienso, el desafiante no desea la muerte del oponente y se conforma con recibir una satisfacción que restaure su honor, al menos eso espero; aunque, por otra parte, un caballero no se rebaja a batirse con la baja estofa, limitándose a infligir al villano algún castigo o comisionar a alguien para que lo haga. La mente es algo prodigioso, fijaos qué cosas se me ocurren. El caso es que ambos nos sentíamos ofendidos, así que tiro de di-

plomacia y buenas maneras, actitud que me parece prudente y más acorde con nuestro tiempo.

—Cálmese; estoy solo, entre y hablemos como personas civilizadas —el hombre duda. Buena señal. Me hago a un lado e insisto—. Vamos, hombre, aclaremos el asunto antes de desenvainar el sable.

Le conduzco hasta el jardín y le invito a sentarse a la mesa de hierro. Se sienta haciéndome ver con su gesto cansino que está haciendo un esfuerzo por resultar condescendiente y civilizado; en cualquier caso, parece un poco más asequible.

—Lo primero que quiero que sepa es que desconocía que ella estuviese casada —digo a modo de justificación.

—¿Cambia eso algo? —me interrumpe—. ¿Soy por ello menos cornudo? ¿Acaso no se la habría tirado usted de haberlo sabido?

—No. Claro que no. Tiene usted razón, eso no cambia nada. No obstante no debería aventurar episodios ni adjetivos y sí hablar con su mujer si entiende que es acreedor de una explicación.

—Es que me va a negar que los dos están... —estira el dedo índice de sus manos y hace chocar uno contra otro varias veces, indicando juntamiento—. Sólo me faltaba que, además de cabrón, tomásemme por *bobu*.

—No se exalte, amigo, y deje de maltratarse. No voy a negar nada como tampoco nada voy a declarar. Le ruego que se ponga en mi lugar: debe comprender que yo soy ajeno a sus problemas de pareja, en el supuesto de que existan; ustedes dos deben hablar y solucionar sus cuitas, personalmente no tengo interés en enturbiar sus relaciones; créame, solo somos amigos, personas adultas que toman decisiones. En lo que a mí respecta, dicho sea sin desdén ni animosidad, no tengo que justificarme ante usted, y si cree que su mujer debe hacerlo, es con ella con quien debe hablar, ¿no cree?

El hombre se muestra abatido ante mi discurso, abandona el respaldo de la silla, se inclina hacia mí, me pongo discretamente en guardia, apoya los codos en la mesa y se tapa la cara con las manos durante algunos segundos. Cuando descubre el rostro, en sus ojos no hay ira, tan solo un leve enrojecimiento. Se toca el pecho con la barbilla, tal vez para esconder su debilidad, y extrae un paquete de cigarrillos, pone uno entre sus labios y, antes de encenderlo, deposita la cajetilla sobre la mesa y la empuja hacia mí. Repara

en la nota que Dora me dejó. La lee. «¡Tierra trágame!». Prende el cigarrillo, me echa el encendedor y musita entre dientes: «Pedazo de gocha».

—¿Cuánto hace que están...?

—Qué importa eso, hombre. No se martirice y aclare las cosas con ella tan pronto como pueda, sin aspaventar ni ofender, con templanza y civismo, buscando soluciones. Este es mi parecer.

—¿Dónde marchó?

—La verdad es que no lo sé, me quedé dormido aquí en el jardín y cuando me desperté encontré la nota. No creo que tarde en volver. Si me asegura que no habrá violencia, me iré tan pronto regrese y podrán ustedes arreglar las cosas.

—Hace tiempo que no nos llevamos bien —da una larga chupada al pitillo y adopta un tono confidencial—, pero no esperaba esto de ella. Vine desde Avilés con el propósito de arreglar las *cosas*, pero ahora, después de lo visto, pareceme que no hay nada que hablar.

No suelo fumar cigarrillos, pero para no desairarle enciendo uno y le devuelvo el mechero y el paquete. Permanezco en silencio. No tengo nada que añadir. Le ofrezco una cerveza. Niega con un gesto de cabeza. Dice que se va. Se levanta. Yo también.

—Dígala que estuve —me dice al abrir la puerta de la calle—, y siento lo de antes, parece usted un buen paisano. Al fin y al cabo... somos hombres, ¿no *ye* así?

Permanezco en el quicio de la puerta hasta que su coche se pierde al final de la calzada. ¡Menudo trago! No me había visto en nada parecido en toda mi vida. Ahora que se fue noto la boca seca, supongo que del susto. Por un momento pensé que se abalanzaría contra mí; menos mal que el hombre entró en razón. La verdad es que debe de ser un fiasco buscar a tu mujer para hacer las paces y encontrar en su casa a un señor en pelota. Así que Dora está casada, nunca me dijo nada... ¡Pero qué estoy diciendo! Si nos hemos visto dos veces y no hemos tenido tiempo sino para yantar y ayuntar. Además, a santo de qué había de decírmelo. Aplasto el insípido cigarrillo, al que apenas he dado un par de caladas, y enciendo uno de mis cigarros. Salgo al jardín con una cerveza. Pobre hombre... En fin... Nadie dijo que el amor fuera inmarcesible.

Tras consumir pausadamente el Rössli-Habana y apurar la cerveza a la bendita sombra del manzano, con las piernas estiradas sobre la mesa de hierro y la vista en los roquedales que salpican la arboleda que escala la montaña, cuyo perfil se dibuja lim-

piamente sobre un cielo desacostumbradamente plano y azul, pienso en Dora y en su marido. Dora es una mujer resuelta e independiente, eso salta a la vista. Ha debido pasar la cuarentena hace ya algunos años, aunque su porte y manejo es diez años más joven. Es una mujer lozana y atractiva, de piel suave y anatomía rotunda, pero todavía sin desorden. El marido que acabo de conocer no le pega nada. En realidad no le pega tener marido. De tener que hacerlo, hubiera apostado por su soltería.

Desde el jardín no oigo que Dora entra en la casa, aparece por la puerta que desde la cocina se abre al jardincito. Viste un pantalón holgado de lino blanco y una blusa pálida de manga ancha y corta.

—Ya estoy aquí. ¿Qué tal tu siesta?

—Muy bien... —se inclina y me besa en los labios.

—¿Viste mi nota?

—Cuando me incorporé cayó al césped y entonces la vi.

—¡Ah, rediós! ¿Entonces no viste donde la puse? —ríe maliciosamente—. Sujétela con el pito, ja ja ja.

Sale corriendo hacia la casa, en la puerta se para.

—¡Vengo muerta de calor, voy a darme una ducha rápida y preparo café, ¿vale?

Desaparece.

Pienso en su marido con la vista fija en mi verga, incrédulo al descubrir que de ella pende un mensaje de su mujer. No puedo evitar que también a mí me ataque la risa.

No habían transcurridos cinco minutos cuando asoma medio cuerpo por la puerta. Está desnuda.

—La ducha *ye* amplia, cabemos los dos —desaparece dejando la puerta abierta.

Vamos allá. El agua está condenadamente fría. Doy un respingo y protesto.

—*Ye* mucho mejor así —dice, y me frota el cuerpo vigorosamente con la esponja jabonosa—. Yo siempre dúchome con agua fría, *préstame* más.

Pasada la primera impresión, enseguida el cuerpo se acostumbra al frescor del agua, y cuando la sangre se acelera por el ejercicio que emprendemos, la fría lluvia de la alcachofa resulta estimulante. Luego, ampliamente regados y complacidos, mientras seca mi espalda, pregunto:

—¿Dónde fuiste?

—A Posada, a ver a un abogado. *Tién* que preparar un escrito para el notario de Llanes. Cuando téngalo listo me llamará para *fimalo*.

Nos vestimos a medias. Pone la cafetera al fuego.

—Hace un rato estuvo aquí tu marido —le suelto a bocajarro, mientras la muerdo delicadamente una oreja. Se vuelve y me mira a los ojos.

—¿Argimiro ha estado aquí?!

—Eso es.

—¿Y dónde está ahora?

—Se fue.

—¿Cómo que marchó? ¿Adónde?

—No lo dijo.

—Pero... si tenía que venir mañana...

—¡Ah!, ¿le esperabas?

—Esperábale mañana, que fue cuando quedamos, no hoy. ¿Y dices que marchó? Qué raro, espera, voy a *llamalu* —del bolso que reposa sobre una silla extrae el teléfono y marca un número. Tras un rato de espera desiste—. No lo coge.

Está sorprendida y pensativa. Deja el teléfono junto al frutero de nectarinas.

—¿No dijo dónde marchó?

—No.

—Pero... ¿volverá?

—Se marchó bastante cabreado. No creo que vuelva.

—¿Y eso por qué?

—¡Joder, Dora! Es tu marido, le abrí la puerta medio desnudo y encima se me cayó la toalla. No sabes la vergüenza que pasé, y tendrías que haberle visto la cara. Por un momento pensé que la emprendería a golpes conmigo.

Empieza a reírse a carcajadas. Cuando termina, vuelve a prestar atención a la cafetera.

—Así que quedaste en pelota frente a Argimiro —vuelve a reír—. Lo que no entiendo *ye* por qué presentose hoy.

—Veo que te lo tomas a la ligera. Me alegro de ello, pero me dio la impresión de que el muchacho se fue hundido. Se tildó de cornudo y otras lindezas semejantes. Tuve que calmarle diciendo que solo éramos amigos y que la razón de mi presencia en esta

casa era a ti a quien debía preguntártela. Ah, y para mayor escarnio, vio la nota que me dejaste. Ya te puedes imaginar el temporal que tuve que capear. Dijo que venía a hacer las paces contigo y que tras lo visto ya nada le retenía aquí.

—¿Pero que *dic*, ¡*oh!*? Argimiro y yo hace tiempo que no vivimos juntos. Además *llévanos* bien. *Ye* un guasón, creo que aprovechose de la situación para tomarte el pelo. ¡Madre de Dios, hacer las paces! Pero si él vive en Santander y yo en Oviedo. Lo que digo, tomote el pelo.

Ahora era yo el que no comprendía nada. ¿Será posible que haya sido objeto de una filfa? Yo, tan ufano de mi discurso ante el furiente marido, había sido el objeto de la burla... No, no puede ser, nadie es tan buen actor, y menos improvisando. Algo no encaja en esta historia. Suena el celular. Dora deja la cafetera y contesta. Tal vez sea Argimiro, pienso; pero no, no es su marido, es el abogado. El escrito ya está listo para la firma. Dora tiene que volver a Posada. Me dice que la espere, que todavía es pronto, que apenas hemos estado juntos, que no tardará mucho.

Tomamos el café que ha preparado, vuelve a besarme, como si fuésemos dos chiquillos enamorados a los que les espera una larga vida juntos. Yo, claro, me dejo. Se va. Oigo el motor del coche. Pongo las tazas en el fregadero y me dedico a husmear por la casa. Sobre la mesa que hay junto a la tele, en el cuarto de estar, veo un libro, *La sonrisa etrusca*, de José Luis Sampedro. Lo leí hace más de diez años; las andanzas de un viejo calabrés y su nieto Brunettino en Milán. Me lo llevo al jardín y me dejo caer sobre la tumbona:

«En el museo romano de *Villa Giulia* el guardián de la Sección Quinta continúa su ronda. Acabado ya el verano y, con él, las manadas de turistas, la vigilancia vuelve a ser aburrida; pero hoy anda intrigado por cierto visitante...»

Me interrumpe un portazo que hace temblar la casa. El sobresalto me pone en pie con agilidad olvidada, el precio de la precipitación es una punzada en el costado. En la oscuridad del pasillo casi me doy de bruces con una mujer que, al verme, pega un grito y retrocede unos pasos haciendo además de protegerse con las manos.

—¿Quién *ye* usted, qué *fai* en mi casa?

Su voz transparenta miedo y sorpresa. ¿Su casa? ¡Vaya día llevo! Me asalta la idea de vestirme y salir corriendo de la «mansión embrujada» sin decir una sola palabra. En su lugar, extendiendo las palmas al frente solicitando calma.

—No se asuste, por favor, soy amigo de Dora —la mujer se lleva una mano al pecho, se apoya en la pared y exhala aire sonoramente.

—Menudo susto lleveme.

Es Virtudes, hermana de Dora. Tras el soponcio, hechas las presentaciones, salimos al jardín. Los restos de lágrimas que muestran sus ojos y el rotundo portazo me informan de algún contratiempo reciente. De un ridículo bolsito de fieltro saca un paquete de Chester; hace un millón de años yo también fumaba Chester, aunque entonces lo vendían sin filtro. Me ofrece.

Es menuda. Tiene un vago parecido con Dora, algún gesto, la nariz, el óvalo de la cara... Su anatomía es menos contundente que la de su hermana, y el cabello, ensortijado en ella, es más oscuro. Luce una blusa beis salpicada de lunares grandes y blancos, cuyo generoso escote evidencia un busto estimable. También eso debe de ser un rasgo familiar. Posee facciones delicadas y diminutas pecas en las mejillas, bajo los ojos, que parecen querer escalar la nariz, dando una apariencia juvenil al rostro.

—No sé cómo Dora no avisome —se pasa los dedos discretamente por la humedad de los ojos—. Estos días no sé dónde *tien* la cabeza.

—En realidad Dora no sabía de mi llegada, también para ella fue una sorpresa, aunque un poco diferente a la nuestra, ¿eh? Menudo susto nos hemos llevado los dos —bromeo—. Tampoco yo sabía que tenía una hermana —estoy a punto de decir «tan bonita», pero no lo digo.

Apenas cambiamos cuatro frases cuando cae en la cuenta:

—Entonces tu *yes* el ciclista que conoció la mi hermana el año pasado...

—El pasado no, el anterior —puntualizo—. Dos años hace que nos conocimos.

—Es verdad, el año pasado ella no vino, estuvo fuera. Dora ya me contó... —sonríe con gesto travieso. Un poco de calor se me instala en la cara—. Bueno, eso, que os conocisteis —ríe.

—¿Habéis venido las dos a veranear? —pregunto, por cambiar de tema.

—A pasar unos días. En realidad iba a venir yo sola para ver si aquí, junto a las montañas, consigo algo de paz y acláranseme las ideas. En Avilés, con el ajeteo del

trabajo y de la vida cotidiana, no tiene una tiempo de cavilar. Además *ye* bueno poner unos kilómetros por medio, se *tien* mejor perspectiva.

—¿Y entonces?

—Entonces ¿qué?

—¿Cómo fue lo de venir las dos?

—Ah, eso... Pues a última hora hablé con ella, contele mis pesares y decidió venir. Dijo que aprovecharía para arreglar unos papeles que necesitamos para la venta de la casina, así que pasé por Oviedo a *recogela* y aquí estamos.

—¿Vais a vender esta casa?

—En ello estamos. Hay un paisano de Bilbao que parece estar interesado.

—Qué pena, ¿no? Es un sitio precioso.

—Algo de pena sí tenemos. Era de los *vieyus*, pero apenas venimos. Lo que pasa es que el marido de Dora tiene que hacer una renuncia por escrito, porque la muy insensata casose sin separar bienes. Menos mal que Argimiro *ye* buena persona y aceptó sin poner reparo. Un notario de Llanes está ocupándose de *arreglalo*.

La informo de la visita de Argimiro, incluyendo el detalle de la toalla. Se ríe a carcajadas. Cuando se calma se pone pensativa y dice:

—Qué raro. Argimiro debía estar aquí mañana, hablé a primera hora con él y no díjome nada, prácticamente no ha tenido tiempo de llegar hoy. ¿Estás seguro de que era Argimiro?

—Bueno... No me dijo su nombre, pero cuando pregunté quién era me contestó que el cornudo del marido. Ya me dirás...

—¡Ay, rediós! ¡Ay, rediós! —se levanta, camina hasta un extremo del jardín sujetándose la cabeza con la mano. Me alarimo, parece haber descubierto o presagiar una desgracia. Vuelve a la mesa, se sienta de nuevo frente a mí.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Que había venido a hacer las paces con tu hermana. Parece que habían tenido algún problema. Menudo se puso al encontrarme aquí y de esta manera. Cuando se calmó, se fue todo compungido. Dora dice que me tomó el pelo, que todo fue teatro.

—¿Cómo *ye*?

—¿Qué?

—Sí, dime como *ye*: alto, bajo, gordo, flaco...

Quiere que le describa a su cuñado, ¿por qué? Acaso no le conoce. Está un poco excitada.

—Es alto, de complexión normal, poco pelo, nariz notable...

—¡Ahora comprendo! —se apresura a poner otro Chester en los labios—. Será mentecato, será majadero, será...

—Para, para —interrumpo—. ¿Puedes decirme qué pasa?

—El que estuvo aquí no fue Argimiro.

—¡Ah!

—Argimiro no *ye* alto, *tien* bastante pelo, aunque gris, y de narizotas, nada de nada, ¿comprendes?

—Ni una palabra. ¿Quién estuvo aquí entonces?

—A quien viste fue a Niceto.

—¿Quién es Niceto, un novio de Dora, tal vez?

—¡Qué novio ni gaitas! Niceto *ye* mi marido.

—¿Qué?! ¿Cómo que tu marido? ¿Qué pinta tu marido en esta historia? ¿Qué clase de broma es esta?

—¡Válgame la Santina! —prende el cigarrillo, aspira una profunda bocanada de humo y lo suelta en un soplo largo y lento—. *Mirái* cómo enredose la cosa.

La mujer me cuenta una historia desordenadamente, salpicada de comentarios adicionales, expresiones de reproche o de sorpresa hacia personas que supone que yo conozco; emite juicios de valor con interrogantes que buscan mi aprobación, ante los que yo asiento con un cómplice movimiento de cabeza para no interrumpir su relato. Dado que la transcripción resulta del todo imposible —Virtudes, como digo, no se expresa bien—, os resumo lo que importa, el corazón de la historia:

Es fisioterapeuta y ejerce en Avilés, donde vive con su marido. Niceto es camionero y, al decir de la mujer, muy celoso. El caso es que desde hace algún tiempo se suceden las disputas a consecuencia de los injustificados celos de él. La semana pasada tuvieron una trifulca considerable porque cuando llegó a casa, tras varios días ausente, Virtudes no estaba. Esperó y desesperó toda la tarde hasta que, ya de noche, apareció su mujer. No parecieron convencer al camionero las razones que expuso ella, y empezó a vociferar alternando reproches con insultos y amenazas mientras estrellaba la loza con-

tra las paredes. Cuando se hubo desahogado, salió de casa con un portazo de despedida que aflojó las bisagras de la puerta.

Fue entonces cuando Virtudes decidió alejarse de Avilés y venir a Rales para meditar acerca de su matrimonio. Por el camino llamó a su hermana, nada más lógico, para contarle lo sucedido, y esta decidió acompañarla para contribuir a mitigar el berrinche infligido por el cabestro de Niceto.

Cabe pensar que, una vez pasado el furibundo ataque de celos, al enterarse de que su mujer se había ido de casa, le entrase el arrepentimiento, algo propio de los caracteres propensos a la ciclotimia, y no tardó en correr a buscarla para hacer las paces. El resto ya lo sabéis: un lamentable e inoportuno equívoco.

—¡Será *castrón!* —Virtudes sigue con los epítetos. Chupa el cigarrillo con furia y expele el humo como una locomotora de vapor. Se levanta, da dos pasos y se vuelve a sentar. De su ridículo bolsito de fieltro toma un teléfono diminuto y marca un número. Al otro lado nadie contesta.

—¡Coge el teléfono, mamón! —grita al aparato. Niceto no lo coge—. ¡Se va a enterar! —brama para sí, aunque en voz alta. Y sigue—: Así que *gocha*, ¿eh? Así que soy un putón, ¿eh?

Pese a que el asunto no va conmigo, intervengo para tratar de aplacar el ánimo de la muchacha y de paso ver si me entero qué ha ocurrido.

—Vamos, Virtudes, sosiégate y cuéntame lo sucedido; así al menos podrás desahogarte. Ha quedado un poco de café. ¿Te apetece una taza?

Aplasta la colilla contra el cenicero y asiente. «Me vendrá bien», dice. Me levanto, y la punzada del costado se repite. Emito un breve ¡ay! y me quedo someramente encogido durante unos instantes, hasta que el dolor remite.

—¿*Qué ye, ¡oh!?* —se levanta y rodea la mesa con intención de auxiliarme.

—No es nada, ya pasó —recobro la verticalidad y con ella la compostura—. Antes, cuando llegaste, salté de la tumbona al oír el portazo y me dio un tirón aquí en el costado, cerca de la axila.

—*Dejame* ver. Levanta el brazo —obedezco. Presiona con sus dedos la zona hasta que vuelvo a quejarme—. *Ye* aquí —mantiene el dedo pulgar sobre el punto de dolor—, a la altura de la escápula. No parece un tirón, ¿*mancástete* o forzaste esto con anterioridad?

Le cuento que he tenido una lesión de hombro a consecuencia de una caída de la bicicleta hace algunos meses y que, a pesar de estar curada, debe de haber quedado alguna zona afectada, tal vez por la reiteración de una postura forzada, a la que me veía obligado al dormir para evitar el dolor.

—Supongo que con el tiempo se irá quitando —concluyo.

—¿Te duele habitualmente?

—No, solo de cuando en cuando, al hacer un esfuerzo o adoptar cierta postura.

—Entonces hay que descartar contractura, pues aun siendo leve el dolor suele persistir. Y mucho menos desgarro, pues éste *ye* muy doloroso.

—Ya te digo que no tiene importancia; alguna mala postura.

—*Ye* una sobrecarga muscular producida por acumulación de esfuerzo; suele darse en los deportistas con sobreentrenamiento, el músculo se contrae y... Estoy segura de que se trata del infraespinoso o del deltoides, puede que ambos.

—¿Y eso es grave?

—Para nada. Cúrase con reposo. Y con masaje adecuado, cúrase antes. Lo que sí voy a *recomendate* es que para dormir pongas un cojín o almohada en ese costado, para que impida que adoptes la postura viciada inducida por la lesión. Durante un par de semanas será suficiente. Ya que fui yo la causante del portazo, déjame que lo trate, anda.

—¿Tú crees que merece la pena? No quiero hacerte trabajar; al fin y al cabo has venido a descansar...

—¡Cómo no va a merecer, hombre! Tomamos ese café y apáñote eso mientras viene la mi hermana.

—Ahora mismo lo traigo. ¿Cómo lo quieres?

—Con hielo y sin azúcar, por favor.

En la cafetera no hay suficiente; preparo café nuevo y busco un vaso en los anaqueles que hay bajo la encimera. Virtudes también hace honor a su nombre. Me río de la ocurrencia, eso mismo pensé de Adoración hace dos años. Salgo al jardín portando una bandeja que encontré junto a los vasos y la deposito en la mesa de hierro. A esta hora de la tarde el manzano ha llevado la sombra a otro sitio, pero el sol es dulce y no molesta. Virtudes está prendiendo otro Chesterfield.

—*Mirái* el mensaje que le puse a Niceto —me da el telefonín para que lea.

«El hombre que viste en casa ye un amigo de Dora; él confundióte con su marido y tú con mi amante, ¡so capullo! Ya que tildáste de *gocha* voy a *portarme* como tal y, mirái bien lo que digo, aunque póngaste de rodillas ante mí no he de *perdonate* esta. Hasta nunca, imbécil».

—¿Qué te parece?

—Un poco fuerte, ¿no? —le devuelvo el teléfono.

—Espera a saber qué pasó —toma el vaso con la misma mano que sujeta el cigarrillo y da un sorbo largo—. ¡Está como Dios! —exclama relamiéndose—: salía de casa de Angelina, una vecina que conócenos desde que éramos *guajes*, a la que visité para darle el pésame por el reciente fallecimiento de su marido, y charlar un ratín con ella, cuando me encuentro en la puerta con el mi marido hablando con el *fío* de la viuda y un par de vecinos de aquí. Encárase conmigo de muy mala ralea y me suelta: «Ah, ¿estás aquí? Pues que sepas que llevo un rato buscándote para *decite* un par de *cosines*». Yo quedeme muda, por la sorpresa y por la entonación, llena de mala leche. Y me *dic*: «Yes una *gocha*. Te lo digo bien alto y en compañía para que lo sepan todos. Un putón, eso *yes* tú, y no suéltote dos *hosties*, como mereces, por deferencia a estos amigos, pero no quiero verte más, a mí los cuernos no préstanme, ¿oíste?». Ya puedes imaginar, creí morir de vergüenza. Salí corriendo y no paré hasta llegar a casa.

»¿Y ahora que lo sabes, dime, sigue pareciéndote fuerte el mensaje que mandé?

Nos terminamos el café y pasamos dentro de la casa. Necesita un lugar adecuado para manipular los músculos, que según ella están sobrecargados.

Me acomoda sobre una almohada que coloca encima del respaldo de una silla de la cocina a la que me hace sentar a horcajadas, como si fuera una cabalgadura. He de reposar la cabeza en la almohada y pasar el brazo por encima hasta descansar la mano en el cogote.

—Ahora vengo.

Me deja hecho un nudo y sale de la casa. Echo mano a una de las nectarinas que se hallan a mi alcance, y a la memoria me llegan las palabras de Dora de hace dos años, de cuando nos conocimos: «A mí gústame comerla a mordiscos, *ye* más voluptuoso, ¿no crees?». ¡Qué mujer! Respira sensualidad por cada poro de su piel. Es una hembra magnífica y una persona muy solvente, sin duda una peligrosa tentación. Favorablemente,

Madrid cae bastante lejos. Muerdo la fruta y la boca se me llena de carne tierna, dulce y húmeda; los jugos interiores se deslizan por las comisuras de los labios. Repito el mordisco una y otra vez con prisa injustificada y ansia desmedida hasta que solo queda el hueso. Me limpio la boca chorreante con el dorso de la mano. Virtudes entra en la casa, esta vez sin portazo. Regresa con una especie de maletita llena de potingues. Con un gesto me indica que adopte la postura adecuada. Se sitúa detrás de mí y empieza a aplicarme un aceite en el lugar del problema.

—Esto *ye* solo para calentar la zona antes de empezar.

Como su estatura es notablemente inferior a la mía, apenas tiene que inclinarse para el masaje.

Tiene manos pequeñas de tacto sedoso. Su reiterado manoseo resulta muy agradable. Dejo que el peso de la cabeza se deposite completamente sobre la almohada y abandono todo el cuerpo a la laxitud. Tras casi diez minutos de calentamiento, empiezo a notas sus dedos presionando progresivamente sobre el punto donde tiene localizada la lesión. Empieza a hacerme daño. Me tensó, me revuelvo incómodo, me quejo...

—Relájate —me ordena—. Afloja los músculos para que pueda trabajar.

—Me haces daño —protesto.

—Aguanta un poco, hombre, no seas quejica; luego me lo agradecerás.

Sigue a lo suyo, incrustándome los pulgares unos centímetros por debajo de la axila. Espero que sepa lo que hace, me digo. Ahora me informa de que tengo un músculo montado sobre no sé qué otro y que está oprimiendo al tendón nosecuántos. Que tenga paciencia, porque va a intentar poner cada cosa en su sitio, y que me va a doler un poco. No digo nada, pero empiezo a estar arrepentido de haber sido tan sumiso: quizás debería haberme opuesto más decididamente... «¡Ay!» Me acaba de hundir los nudillos en las costillas haciéndome un daño del demonio.

—Lo siento, *nin*, sé que estoy *mancándote*. Aguanta un *pocuíñin* más, que ya lo tengo —se abalanza sobre mi espalda y apoya una rodilla sobre mi pierna para hacer fuerza—. No te muevas, no te muevas... aguantaaa —muerdo la almohada para contener el grito que debería estar dando. Suena un crujido seco, estoy seguro de que Virtudes me ha roto una costilla o alguna otra cosa de las que tenemos por ahí dentro—. ¡Ya está!

Se baja de mi espalda, me da unos golpecitos amables en el hombro y me dice que me levante y que me mueva. Lo hago. Asombroso. La presión con la que me había acostumbrado a vivir desde hace meses ha desaparecido, puedo mover el brazo casi sin limitación y sin ningún dolor; el tirón del costado no aparece, aunque fuerce la postura retorciendo el tronco. Es un milagro. Ella lee mi desconcierto y sonrío. Estoy tan gratamente sorprendido, casi eufórico, que tomo a la mujer por la cintura, su liviandad permite que la voltee en el aire, e inicio un carrusel de giros volanderos por la cocina hasta que Virtudes, asida a mis brazos, entre risas me grita que pare.

—Perdóname, pero no he podido reprimir la alegría; eres un portento, chiquilla. En un momento me has librado de una carga que me pesaba desde hace meses, parece un milagro.

—Así da gusto, a pacientes tan considerados no les cobro —bromea. Guarda la loción de calentamiento en la maletita y saca otro frasquito—. Esto ye aceite de caléndula para relajar la zona y para evitar que se te irrite la piel maltratada. Y también para *compensate* de lo que hicete sufrir. Acóplate igual que estabas, afloja el cuerpo y *dejame* hacer.

Virtudes se sienta en un taburete tras de mí, se frota las manos con el aceite y me aplica un masaje de seda sobre la superficie que va desde la axila a la cadera y desde la tetilla al omoplato, novecientos centímetros cuadrados de epidermis a su entera disposición. Sus manos pequeñas se deslizan sobre mi piel con suavidad gratificante una y otra vez. Cuando sus dedos se adentran en la zona pectoral sobrepasando el costado, un cosquilleo familiar se me instala bajo la toalla que todavía llevo anudada a la cintura. De cuando en cuando su cuerpo roza al mío durante el manoseo, es un asunto inevitable, intrascendente y a todas luces involuntario y por ello, inocente; no obstante, el roce de las tetas en mi espalda resulta turbador. El habitante de abajo se despereza. Virtudes extiende su campo de acción a zonas de difícil justificación, o tal vez sea que cuando la sangre acelera su marcha los mecanismos de la razón se ven afectados. Todo puede ser nada, una situación equívoca, un malentendido fruto del calentamiento global; vale, haré lo siguiente: cuando su mano avance hacia mi pecho y el dedo corazón vuelva a posarse distraídamente sobre el pezoncillo, lo retendré; si retira la mano resueltamente, sabré que todo son fantasías de un viejo verde. Si no lo hace y su mano permanece presa bajo la mía, sabré que ha decidido vengarse del cabestro de su marido.

Parece haberme leído el pensamiento. Ahora sus dedos regresan antes de rebasar la frontera reglamentaria de tejido epitelial desactivando mi estrategia. Permanezco en reposo expectante mientras las diestras manos de la fisioterapeuta se deslizan sutilmente en círculos de escaso diámetro por territorio concertado. De pronto irrumpen nueva y decididamente fuera de contexto y no se limitan a posarse distraídamente, sino que pellizcan la punta sin recato. No hay nada que decir. Allá voy, con los ojos cerrados y de cabeza. Espero que la piscina tenga agua.

IV

—Hola, Virtu, ya veo que os habéis presentado.

Es Dora. Acaba de aparecer en la cocina. Virtudes y yo estamos entregados, entre jadeos e interjecciones, a un ayuntamiento apasionado sobre la encimera, cuyo ventanal mira a la montaña que protege al pueblo de los caprichos del mar; quiero decir que no la hemos oído entrar.

—Hola, hermana —saluda Virtudes con toda naturalidad, como si en lugar de copulando estuviera haciendo una tortilla francesa—. ¡No se te ocurra parar! —ahora se dirige a mí, ha debido de notar la alteración que la presencia de Dora ha provocado en mi ímpetu. Me empuja el culo con sus talones.

—Como veo que la visita está bien atendida, voy recogiendo las cosas del jardín, Virtu.

Sale Dora.

A Virtu, como la llama su hermana, no parece preocuparle en absoluto la situación creada. En cuanto a mí, la tarea me absorbe de tal manera que he decidido posponer las preocupaciones.

Virtu lleva un rato queriendo acabar pero no termina de conseguirlo, me anima a que concluya yo con un «¡vamos, vamos!», a la vez que mueve su cuerpecillo con la agilidad de una anguila. Así que voy. O vengo, que ambos verbos son posibles cuando se desciende vertiginosamente por el tobogán del deleite y la complacencia. Finalmente Virtu ha decidido acompañarme.

Unos instantes más tarde, cuando remite la alteración química de la sangre, devolviendo a los rostros su aspecto cabal, concluido el arrobamiento extático (véase el gesto de Santa Teresa en la obra de Gian Lorenzo Bernini o el de la modelo Eva Mendes en la fotografía anunciadora del perfume *Secret Obsession*, de Calvin Klein), producido por altos niveles séricos de oxitocina y diversos neurotransmisores, mi *partenaire* empieza a reírse sin freno, a carcajadas, ante lo que a ella le parece una situación hilarante.

Le tapo la boca con un beso y al oído, muy bajito, le digo que ha sido un polvo espectacular y que me ha hecho muy feliz, pero que ahora estoy lleno de vergüenza y no sé cómo afrontar la situación con Dora.

—Cómo se ve que conócesla poco. Ven —me toma de la mano y pretende arrastrarme al jardín.

—Para, para —protesto—. Pongámonos, al menos, algo encima —accede.

Yo me visto, y Virtu se pone las bragas. Salimos al jardín. Dora ha recogido la tumbona y está recortando las hojas caducas de un geranio.

—Ven, Dora, siéntate aquí con nosotros —sobre la mesa de forja, además de la bandeja del café está el paquete de Chester y mis puros. Dora acepta el cigarrillo que se la ofrece—. Hermana, dile a tu amigo que no molestástete por lo que viste. Me *dic* que está avergonzado.

Debo de estar poniéndome rojo, porque una oleada de calor se me ha instalado en el rostro, incluyendo las orejas. Alzo la vista hasta la de la mujer que tengo enfrente.

—No sé qué decir, ni tan siquiera sé cómo ha ocurrido. No tengo justificación, lo siento, Dora.

Dora no dice nada, pero sonrío comprensivamente, me parece.

—Cómo que lo sientes —se queja la hermana pequeña—. No parecíalo cuando empujabas, ¡rediós! —ahora se dirige a Dora—: la culpa túvela yo, cariño, yo empecé la fiesta. Voy a *vestime*, que tengo fresco.

Se lleva la bandeja. Dora y yo quedamos solos. Silencio incómodo. Aplasta el cigarrillo en el cenicero.

—¿Marcharás mañana, entonces?

—Sí. He de regresar a Madrid sin más remedio. Dora, yo...

—Calla. Aquí no pasó nada de lamentar, ¿oíste? Conozco bien a Virtu, no *fai* falta que declare quien empezó, sé que ye un *chocholoco* —se ríe sin entusiasmo—. Queda tranquilo, hombre; además yo no he de *quejame*, quedé servida.

—Hay algo que debes saber.

—Muy bien, adelante, cuéntamelo.

—El hombre que estuvo aquí no era tu marido.

—¿No? Vaya, ¿y entonces quién era?

—El marido de tu hermana.

—¿Niceto estuvo aquí?

—Eso parece. Vino a arreglar las cosas con Virtudes y me confundió con un supuesto amante suyo.

—Claro, eso explica su comportamiento, no me cuadraba con Argimiro. ¿Y adónde fue el cretino de mi cuñado?

—No lo sé, pero me contó tu hermana que se lo encontró en el pueblo y la insultó delante de unos vecinos.

—Será castrón. ¿Y qué hizo Virtu?

—Se vino corriendo a casa muerta de vergüenza y con lágrimas en los ojos.

—¡Ah, ya! Y tú consolástela, ¿no? —no preciso decir que el tono traía retintín.

—Bueno sí, más o menos —contesté algo molesto—. Si te interesan los detalles, puedes preguntarle a ella. Creo que ya es hora de que me vaya.

—Lo siento, no tengo derecho...

Guardo en el bolsillo de la camisa la cajita de Rössli Habana y me levanto. Por la ventana del cuarto de baño, que también da al jardín, oímos gritar a Virtudes.

—¡Están *picando* a la puerta, Dora! ¡Abre tú, que yo ahora estoy ocupada!

—Espera aquí —me dice. Se apresura por el pasillo hacia la puerta de la calle. Enciendo un cigarro. El sol se ha escondido tras la montaña, haciendo de ella una sombra oscura y gigantesca. Es hora de irme. Salgo tras Dora sin considerar que me ha dicho que espere.

Dora abre la puerta. Ante ella se presenta la figura de un hombre alto y narigudo, lleva parte de la camisa fuera del pantalón, parece sofocado.

—¿Tú? ¿Cómo atreveste a *presentate* después de...?

—Hola, Dora —la interrumpe Niceto—, soy un gilipollas. ¿Está *la* Virtu?

—¡Hombre! Por fin estamos de acuerdo en algo. Anda, pasa.

Al verme tras ella se sorprende, me toma la mano, la aprieta y me dice que no me vaya todavía.

—Creo que ya os conocéis, ¿verdad?

—Pídate disculpas *nin*, vaya metedura de pata, ¡oh! *Pa matame*. Menuda plancha, siéntolo de veras.

—Hola, Niceto —estrecho la mano que me ofrece—. No pasa nada, acepto las disculpas.

Otra vez estamos en el jardín. Me siento a saborear el Rössli y a imaginar el devenir de los acontecimientos. Puede que el asunto resulte divertido. Niceto se siente también. Dora no. Dice que va a preparar más café. Se acerca a la ventana y grita a su hermana:

—Tu maridín está aquí —sin esperar respuesta entra en la cocina. Desde dentro oye despotricar a Virtudes.

—¡Que se vaya! *Nun quieru velu* —y una retahíla de vocablos bables imposibles de traducir para mí. Todo a gritos desde el cuarto de baño.

El marido se acerca a la ventana.

—Anda, ardillina mía, perdona a tu Nicetín, que *ye* un asno pero te quiere —silencio—. Perdóname, tesorín, ¿no ves que perdí la cabeza por *querete* tanto? *Miráime*, póstrome de rodillas y no levántome hasta que perdónesme.

Virtudes asoma la cabeza por la ventana, apoya los brazos en el alféizar y comprueba que, efectivamente, Niceto se ha puesto de rodillas al pie de la misma.

—*Yes* un animal, y un payaso. *¡Mirái paquí!* Qué pintas traes, pareces *bobu*. Levanta y marcha, que no he de *perdonate*. Así que soy una *gocha*, ¿eh? Y un putón, ¿eh? Pues ya puedes ir buscando una más decente que te aguante, ¡so capullo! —mete la cabeza.

—Dale, dale, desahógate. Todo eso que *dic* y más *ye* lo que soy, pero sabes bien que no puedo vivir sin ti. Sal por favor, júrote que no ha de volver a pasar. Esto sirvióme de vacuna, nunca más he de desconfiar. Pongo a la Santina por testigo.

—A la Santina *dejaila* tranquilina —asoma la cabeza—, que su nombre en tu boca ya suena a blasfemia, ¿oíste?

Mete la cabeza. El hombre permanece en actitud suplicante. No sé por qué tengo la impresión de que este sainete no es la primera vez que lo montan. Virtudes sale al jardín, se acerca al postrado e inquiere:

—Ya puedes ir ahora mismo y limpiar mi nombre ante los vecinos que te oyeron *insultame*, ¿oísteme?

Se levanta y la abraza. Virtudes no corresponde, pero se deja.

—Mañana voy, ardillina mía, ahora ya *ye* tarde, ¿de acuerdo?

Sale Dora con una bandeja y los servicios de café.

—¿Qué, pasó la tormenta? —deja la bandeja sobre la mesa.

—*Ye* que no sé *conteneme*, cuñadina, pero no volverá a pasar. Ya lo prometí y esta vez pienso *cumplilo*, ¿verdad, tesoro?

Tomamos el café en armonía. Me despido del cornudo. Dora y Virtudes me acompañan a la puerta.

—¿Cómo va tu lesión? —me pregunta.

—Olvidada. Quedo en deuda contigo, «ardillina».

Virtu se ríe, me besa en las mejillas, me dice que espera volver a verme y desaparece. En el umbral Dora y yo nos besamos larga y apretadamente. Al despegarnos me insta a que no deje pasar otros dos años. Permanece allí hasta que enciendo el motor del auto.

FIN

Llegando al hotel suena el teléfono. Es mi mujer.

—¿Cómo va todo? —su voz me llega clara y cercana.

—Muy bien, todo estupendo, ¿y tú?

—Bien bien, sin novedad, pero con un calor horrible. ¿Vendrás mañana como te-
nías previsto?

—Claro, ya te dije que no tengo más remedio que asistir a la reunión con la gente
de Barcelona.

—¿Qué tal tiempo has tenido estos días?

—Buenísimo, sol, lluvia y ni asomo de calor.

—En fin, han sido pocos días pero espero que hayas tenido tiempo de descansar.

—La verdad es que, entre unas cosas y otras, no creas que he descansado mu-
cho...

—Bueno, pero el cambio te habrá venido bien, ¿no?

—Eso sí, puedo asegurarte que el cambio ha sido muy gratificante, como un soplo
de aire fresco en mitad del desierto.

—¿Lo ves? Te lo dije, de vez en cuando es bueno cambiar.

—Cuánta razón tienes, amor.

Fernández Muchosálamos

Playa de Barro, Llanes (Asturias) / Arrieta, Lanzarote (Islas Canarias)

Agosto 2012